

preparado por Paul Firbas y evidenciar su importante contribución al estudio de un género capital para la fundación de la ciudad letrada en la Iberoamérica colonial.

Carlos García-Bedoya M.
U. Nacional Mayor de San Marcos

Cristina Piña (editora). *Literatura y (pos)modernidad. Teorías y lecturas críticas*. Ana María García, Sandra Jara, Clelia Moure, Cecilia Secreto. Buenos Aires: Biblos, 2008.

Una lectura urticante. En este caso, la Editorial Biblos reincide en publicarles otro volumen como lo hiciera en 1997, *Mujeres que escriben sobre mujeres I*, y en 2003, *Mujeres que escriben sobre mujeres II*; actitud loable de parte de una editorial pero es un mérito que las mismas autoras acopiaron. Las autoras tienen ya una trayectoria de trabajo en común con más de catorce años en el Grupo de investigación “Escritura y productividad” en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina. *Literatura y (pos)modernidad* es un libro que reúne los trabajos de cinco autoras y una de ellas, Cristina Piña, es la editora quien firma el Prólogo; es un volumen urticante por la problemática teórica planteada y también por la variedad de lecturas de textos literarios, el recorrido nos lleva de Europa a América y a Argentina, en especial, con Borges como epítome anticipatoria de la ruptura como lo trata Piña en su capítulo, aunque ha sido imperiosa la cita también en otros artículos por lo cual en la lectura completa del volumen hay permanencia de su figura. Lectura urticante también por el tratamiento de problemáticas, las de la posmodernidad, vigentes y reiteradas pero cuyo abordaje en estos trabajos tienen una diferencial: facilitan la lectu-

ra de los filósofos no porque trivialicen ni reduzcan el contenido de aquéllos sino porque muestran procesos, los ubican en líneas históricas, en homologías y puntos de contacto, en diferenciaciones y hasta antagonismos. También en este campo sobrevuelan y se reiteran en todos los artículos figuras de la Modernidad y de la posmodernidad como Nietzsche, Freud, Foucault, Derrida, Deleuze o Blanchot y Kristeva.

En ese sentido el primer artículo de Sandra Jara, “Itinerario hacia la teoría literaria posmoderna. Sobre lo impensado del sujeto y el lenguaje”, es un claro ejemplo de lo antedicho. Desde el inicio se plantean preguntas tales como: “¿Es posible utilizar el término teoría en el campo de los estudios literarios?” o “¿Se puede decir que estamos viviendo en el período de la posmodernidad?” (13) cuyas respuestas se plantean problemáticamente –y eso es lo más provocador– confrontando entre autores, trabajando en profundidad textos de significación compleja. Lo interesante de este trabajo es que, para quienes son conocedores del pensamiento de estos escritores, el trabajo de Jara arma una cartografía de idas y vueltas del pensamiento filosófico muy aclaratoria que posibilita repensar posicionamientos en el campo de la teoría literaria, mientras que, en el caso de lectores noveles, es una puerta de entrada a textos de estudio obligado y sumamente espinosos. Así aborda el pensamiento de Nietzsche y Freud a quienes llama desmitificadores del “discurso totalizador de la filosofía del sujeto moderno sustentado en una fuerte valoración de la facultad de la Razón” (17). Luego desarrolla líneas del pensamiento desde Barthes a Kristeva, pasando por Derrida, Deleuze y Foucault. Conceptos como diseminación, literatura menor, muerte del autor, escritura, texto o lectura ar-

queológica tan gastados y, a veces, sintetizados hasta dejarlos sin el sentido primero, en este trabajo recobran la significación original y nos motivan para volver a leerlos. Pensar lo impensado es lo que plantea Sandra Jara como paradoja desde el inicio y es, en definitiva, lo que sugiere, insinúa ésta, otra lectura urticante.

Cristina Piña en “Borges, un posmoderno *avant la lettre*” sostiene que *Historia Universal de la infamia*, *Ficciones* y *El Aleph* expresan la caída de los presupuestos científico-filosóficos y las prácticas literarias de la Modernidad. Repasa la incidencia de Sigmund Freud en el pensamiento y la literatura, en especial en cuanto pudo tener en cuenta el “malestar de la cultura” que atravesó el siglo XIX y principios del XX y ver el “retorno de lo reprimido” que recupera el pasado como fuerza de incidencia en el presente. La literatura ofrece un modo de expresar esa experiencia de división del sujeto, de recuperación de la temporalidad por la memoria involuntaria y de fracaso del lenguaje como “Casa del Ser”. Piña propone una lectura de Borges como literatura de anticipación al pensamiento posmoderno y posestructuralista sobre el sujeto, el conocimiento, la verdad, el pensamiento, la creación literaria y su objeto no mediante planteos filosóficos sino como operaciones que desequilibran o ponen en vilo...las bases de la literatura moderna. Para probar su hipótesis de trabajo, Piña explora los presupuestos epistemológicos de la Modernidad y cómo la razón se instituyó en el factor constitutivo del sujeto. A medida que va recorriendo los fundamentos del episteme de lo Mismo, señala el consecuente deslizamiento epistemológico, el surgimiento de las vanguardias, como culminación de un proceso que va a dar en la posmodernidad, una lógica distinta, que Piña, lejos de hacer un

planteo simplificado, describe en toda su complejidad. Así, indica claramente cómo el pensamiento basado en oposiciones binarias excluyente, con univocidad de sentido, sustentando una concepción progresista revolucionaria de la historia y un sujeto homogéneo, racional y concedor de sí mismo adviene en un desfondamiento radical desde donde surge el pensamiento de lo diferente, lo otro, la desustancialización y vaciamiento del individualismo moderno, un sujeto dividido, contradictorio planteando el fin de las utopías raciales y políticas que caracterizaron la razón histórica. En esta relación hace permanente remisión a los filósofos Foucault, Deleuze, Guattari, Jameson, Blanchot y representantes de la teoría de la recepción y teoría literaria armando un mapa del pensamiento posmoderno desde distintos ángulos.

Lee a Borges como bisagra entre la modernidad y posmodernidad, entre vanguardia y criollismo para, luego, caracterizar la “estética de las orillas”, como construcción de una posición marginal desplazada. Piña trabaja la escritura borgiana como franca ruptura en distintos sentidos: el motivo de su práctica escrituraria basada en la lectura de otros es un síntoma de ruptura con el fetichismo de la originalidad. Analiza “Pierre Menard, autor del Quijote”, “El acercamiento a Almotásim”, Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “Las ruinas circulares”, “La forma de la espada” o “Funes el memorioso”, entre otros, haciendo hincapié en el juego entre original- copia- traducción- reconstrucción o la escritura como versión/perversión al mismo tiempo que como re-escritura y re-contextualización o en las operaciones entre sueño y realidad como estrechamiento de las fronteras entre realidad/ficción. Trabaja las operatorias de corte, injerto, montaje, collage, mosaico y descolocación y llega,

entonces, a probar la ruptura con la imagen moral del pensamiento cartesianiano.

“La travesía de los géneros: el espacio de la reescritura”, así se denomina el artículo de Cecilia Secreto. Al inicio nos embisten los interrogantes cruciales sobre el fin del siglo XX, por ejemplo: “¿Qué pasa cuando (...) nos encontramos con Auschwitz, Hiroshima Nagasaki y la amenaza permanente de la guerra bacteriológica (...)?” (87/8). Desde ese modo de abordaje, Secreto recorre el pensamiento de Deleuze y Derrida en torno al concepto de repetición, no como imitación, sino como convivencia de series divergentes sobre las que se trabaja aboliendo la semejanza para llegar a la reescritura, la “visitación” o “el encuentro feliz entre iguales sin jerarquías”. El pensamiento filosófico de ambos autores es el fundamento de este estudio ya que a Secreto le interesa llegar a la escritura posmoderna que visita las previas pero “las desarticula, las reconstruye, las atraviesa y las reorganiza” (89). Deconstruir es apuntar a una descentralización a desjerarquizar. En la posmodernidad, mediante la reescritura, se reconstruyen los géneros tradicionales, los estereotipos, los sentidos violentados cuestionándolos e hibridándolos. Recurre al “pensamiento alógico”, categoría que le posibilita ubicarse metodológicamente fuera de categorizaciones rígidas en las que coaguló el “pensamiento mítico” por tratar de dar respuestas incuestionables a los misterios del mundo culminando en formas de pensamiento binario-jerarquizante.

“(M)e interesa ver cómo (...) algunos textos posmodernos se acercan a los géneros ya instituidos para establecer un diálogo “irrespetuoso” con ellos” (93). Así Secreto llega a dos géneros estandarizados y su reescritura: por una parte, el cuento de hadas, tal el caso de *La bruja y el*

capitán de Leonardo Sciascia y *Zarzarrosa* de Robert Coover; por otro lado, el relato mítico y legendario para lo cual analiza *El sueño de Ursula* de María Negróni. Analiza la re-escritura como el resquicio que permite inscribir un desorden que “hace trastabillar las posibilidades de un mundo controlado” y “acomete su tarea de salvataje”. Las re-escrituras a pesar de moverse en el espacio de la perversión o, quizá, precisamente por eso, devienen en escrituras más humanizadas que los modelos, escrituras que revisan y ponen en cuestión la tradición. En todos los casos presentados por Secreto es evidente la crisis de la razón patriarcal, logocéntrica y ordenadora.

Clelia Moure en “Retazos de la historia. Acerca de las crónicas de Pedro Lemebel” comienza haciendo un cuestionamiento al discurso de la “historia” como relato totalizador. Recorre las teorías del lenguaje que vinieron a cuestionar el valor del relato histórico previo a la concientización del lenguaje como mediación. Moure se remonta a Dilthey para desandar la historia de las mentalidades, luego recupera los aportes de Benjamín y el trabajo de Foucault para mostrar que la objetividad es un imperativo epistemológico más que una posibilidad del discurso. Bajo la tutela de Hayden White y de Michel de Certeau, Moure estudia las problemáticas relaciones entre las prácticas de escritura y el objeto de las disciplinas históricas. La mención de Borges se le impone como necesaria en cuanto plantea el magistral cuestionamiento que el escritor hace acerca de la pretensión de veracidad sin fisuras del discurso histórico. Así arriba a las crónicas latinoamericanas como manifestación de escritura política, por la hibridez de su forma determinante en la relación con los discursos institucionalizados, es decir, con la historia moderna, el dis-

curso periodístico y la novela histórica. Finalmente va a recalcar en las crónicas de Pedro Lemebel como producto literario y su intervención en el ámbito de los discursos históricos. Es interesante el trabajo que plantea y el entrecruzamiento con dos textos argentinos: el poema *Cadáveres* de Perlongher y la novela *En el corazón de junio* de Luis Gusmán. Propone un recorrido innovador que le permite afirmar que la “discursividad “surfea” sobre el acontecer histórico y su deslizamiento nos lleva a otros (...) territorios” (138), nosotros vislumbramos que Moure también “surfea” y logra establecer una lectura genealógica entre Lemebel, Perlongher y Gusmán.. Llega, así, a mostrar las contaminaciones que la ficción conlleva necesariamente de la historia y cómo, de la hibridez genérica, puede surgir una versión de la historia entre tantas otras que circulan en la semiosis social.

Como cierre, Ana María García, presenta “Más allá de lo humano: narrativas distópicas y biotecnologías”; en su trabajo recorre la relación entre la ciencia y la literatura para llegar a los límites impuestos por los dos conceptos y cómo han jugado en el ámbito de la literatura hasta nuestros días. Desde el *Frankenstein* de Mary Shelley o *Un mundo feliz* de Aldous Huxley, la investigadora penetra en líneas de pensamiento como las tradiciones *prometeica* y *faústica* que implican diferentes modos de acercamiento a la ciencia. Así García llega al corpus de estudio: *La posibilidad de una isla* de Michel Houellebecq (2005) y *Oryx y Crake* de Margaret Atwood (2003). Su trabajo finaliza con la mención a *Never Let Me Go* de Kazuo Ishiguro, *The Body* de Hanif Kureishi y *Las intermitencias de la muerte* de José Saramago; novelas que García inscribe en lo que ha denominado narrativas distópicas. Su lectura presenta estas

novelas como maquinarias que resemantizan la ciencia ficción y proponen una “operación de desfondamiento” del sistema establecido, de ahí la lectura de las teorías de la posmodernidad en cuanto la presentación de un “lenguaje que pierde su consistencia” por la disolución del significado o de una “fragmentación cuyo centro se sitúa en el sujeto”. La lectura cala hondo en los personajes de estas novelas para entrar en el mundo distópico de los neohumanos donde las duplicaciones de códigos genéticos insisten en el concepto de reencarnación y el “acceso a la inmortalidad a partir de un cuerpo joven” (156) o en el mundo abominable del Hombre de las Nieves que sólo “despierta humillación y burla”. El deseo de inmortalidad, la insatisfacción por el nuevo modelo de humanidad llevan tanto a replanteos sobre la religación entre ciencia y religión, así como al accionar científico en modelos-catástrofe de la especie humana. También está presente el debate sobre el ser, el destino, el camino hacia la vida en plenitud, interrogantes universales siempre abordados por la literatura. La deconstrucción consiste en la lectura de los valores sociales altamente consagrados a contrapelo de la historia legitimada.

En el último párrafo del Prólogo, Cristina Piña manifiesta: "Creemos que nuestro libro también sirve para relativizar, a través de ejemplos concretos, las injustas connotaciones negativas y *light* que ha adquirido el término *posmodernidad* entre muchos miembros de nuestro campo intelectual. O al menos a eso aspiramos." Consideramos que esa aspiración de las autoras se ha convertido en un hecho de la realidad. [Mar del Plata, 15 de octubre de 2008]

Aymaré de Llano
Universidad Nacional de
Mar del Plata